

S. BERNARDO ABAD TRATADO SOBRE LOS GRADOS DE HUMILDAD Y SOBERBIA.

558 ADVERTENCIA AL OPÚSCULO VII.

1. El siguiente librito es el primer fruto de Bernardo, titulado «Sobre los Grados de Humildad», y es mencionado como el primero tanto por el mismo Bernardo como por Gaufrido, monje y biógrafo suyo. Estas son las palabras de Bernardo en la carta decimoctava, dirigida al cardenal Pedro: «Y para que sepáis lo que pedís, sé que he escrito un librito titulado Sobre la Humildad, y cuatro Homilías», etc. Esta carta fue escrita alrededor del año 1127. Gaufrido, en el libro tercero de su Vida, capítulo 8, dice: «Si alguien desea saber cuán solícito fue desde el principio como juez y examinador de sí mismo, que observe su primera obra Sobre los Grados de Humildad». El santo varón explica la razón de este título en la Censura o Retracción del libro, que quiso que se colocara al frente de la obra. Pues al haber usado una palabra como si fuera de la Sagrada Escritura y haber presentado una interpretación sobre los Serafines que no había leído en los Padres, al descubrirlo, no dudó en corregir su propia sentencia. ¡Tal era el amor a la verdad en el santo Doctor! ¡Tanta su reverencia por los Padres! Manricus advierte gravemente con el ejemplo de Bernardo a algunos autores místicos y teológicos, «que no solo introducen novedades en los sentidos literales o en los más altos de la teología sagrada, sino que también las profesan: mientras que Bernardo, dotado de teología infusa divinamente, considera sospechoso en el sentido místico lo que no ha recibido de los Padres, y no confía en su propia conciencia hasta que revisa lo que ha concebido». Aunque en otro lugar se permitió algo más, a saber, al final de las homilías sobre el Missus est, donde dice: «Si se ha dicho algo fuera de los Padres, que no sea contra los Padres; no creo que deba desagradar ni a los Padres ni a nadie»: y en la carta setenta y siete, «Ciertamente, cada uno puede abundar seguro en su propio sentido, siempre que lo que se siente no se oponga a una razón cierta o a una autoridad no despreciable». Así el santo doctor, moderando su sentencia anterior, no reprende tanto los nuevos sentidos, si son guiados por la razón, como el estudio afectado de ellos.

2. Deducimos el tiempo de escritura del libro Sobre los Grados de Humildad de la mencionada carta decimoctava escrita alrededor del año 1127. Pues entonces Bernardo había dictado solo cuatro opúsculos con algunas cartas, siendo el primero de esos opúsculos Sobre la Humildad, debe decirse escrito antes del año 1125. Ciertamente, a Godefrido, prior de Claraval y su pariente, luego obispo de Langres, a quien se dirige la carta trescientos veinte. A este lo llama «hijo, hermano, compañero y partícipe de su progreso» aquí en el n. 24. En el códice Colbertino, numerado 3964, esta inscripción del libro se lee después de los libros Sobre la Consideración: «Comienza el libro del mismo Sobre los Grados de Humildad, a Godefrido entonces prior en Claraval, luego obispo de la ciudad de Langres». Falta en este códice la Retracción, que en otros cuatro manuscritos se antepone al libro. Por lo cual se ha considerado oportuno restituirla a este lugar, que Horstius había relegado al final.

RETRACTACIÓN DE SAN BERNARDO EN EL TRATADO SOBRE LOS GRADOS DE HUMILDAD.

En este Opúsculo, cuando presenté de los Evangelios lo que el Señor dijo, que no conocía el día del juicio final, para confirmar y corroborar alguna sentencia (cap. 1, n. 1), imprudentemente lo cité, pues después descubrí que no está escrito en el Evangelio. Pues el texto solo dice, ni el hijo lo sabe; yo, engañado más que queriendo engañar, olvidando la letra pero no el sentido, dije: «Ni el mismo Hijo del hombre lo sabe». Por lo cual, al comenzar la siguiente discusión, intenté aprobar una afirmación verdadera basada en lo que no había

puesto verazmente. Pero como descubrí este error mío mucho después de que el mismo librito fue publicado por mí y ya transcrito por muchos, al no poder perseguir la mentira ya esparcida por tantos libritos, creí necesario recurrir al remedio de la confesión. También en otro lugar (Cap. 10, n. 35) presenté una opinión sobre los Serafines que nunca había oído ni leído. Donde ciertamente mi lector debe notar que por eso dije moderadamente, «creo», queriendo que se considere solo como una opinión, lo que no pude confirmar con las Escrituras. También el mismo título que se inscribe Sobre los Grados de Humildad, quizás porque aquí se distinguen y describen más bien los grados de soberbia, sufrirá calumnia, pero esto por parte de quienes menos entienden o atienden la razón de su título, que sin embargo al final del opúsculo me preocupé de indicar brevemente.

[PRIMERA PARTE.]

559 PREFACIO.

Me pediste, hermano Godefrido, que lo que había hablado sobre los grados de humildad ante los hermanos, te lo expusiera en un tratado más completo. A esta petición tuya, dignamente, como era digno, queriendo satisfacer y temiendo no poder, recordando el consejo evangélico, confieso que no me atreví a comenzar antes de sentarme a calcular si tenía suficientes recursos para terminarlo (Luc. XIV, 28). Pero cuando la caridad expulsó este temor que tenía de ser burlado por una obra no terminada, surgió otro temor contrario, por el cual comencé a temer un peligro más grave de gloria si lo terminaba, que de ignominia si fallaba. Así, entre este temor y la caridad, como en una encrucijada, dudé mucho a cuál de los caminos confiarme con seguridad; temiendo o no ser hallado humilde al hablar útilmente de la humildad, o ser inútil al callar humildemente. Y viendo que ninguno de los caminos era seguro, pero que debía tomar uno de ellos, elegí más bien compartir contigo, si pudiera, el fruto del discurso, que protegerme solo en el puerto del silencio: teniendo al mismo tiempo la confianza de que, si acaso dijera algo que apruebes, tus oraciones me impedirían enorgullecerme; pero si, como creo más probable, no hiciera nada digno de tu estudio, no podría enorgullecerme de nada.

CAPÍTULO PRIMERO. Cristo es el camino de la humildad, por el cual se llega a la verdad.

1. Hablando, pues, de los grados de humildad, que el bienaventurado Benito propone no para ser numerados, sino ascendidos (Reg. cap. 7), primero mostraré, si puedo, a dónde se debe llegar por ellos, para que, al oír el fruto de la llegada, el trabajo de la ascensión sea menos pesado. Así, el Señor nos propone el trabajo del camino, la recompensa del trabajo: Yo soy, dice, el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6). Llama camino a la humildad, que conduce a la verdad. Uno es el trabajo, otro el fruto del trabajo. ¿Cómo sé, preguntas, que allí habló de humildad, cuando dijo indeterminadamente: Yo soy el camino? Escucha más claramente: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). Se propone, pues, como ejemplo de humildad, forma de mansedumbre. Si lo imitas, no caminarás en tinieblas, sino que tendrás la luz de la vida (Juan VIII, 12). ¿Qué es la luz de la vida, sino la verdad; que iluminando a todo hombre que viene a este mundo, muestra dónde está la verdadera vida? Por eso, cuando dijo, Yo soy el camino y la verdad, añadió, y la vida: como si dijera: Yo soy el camino, que conduce a la verdad; yo soy la verdad que promete vida: yo soy la vida, que doy. Esta es, dice, la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Mat. XVII, 3). O así, como si tú dijeras: Considero el camino, es decir, la humildad: deseo el fruto, la verdad. Pero, ¿qué si el trabajo del camino es tan grande, que no puedo llegar al deseado lucro? Responde: Yo soy el camino, es decir, el viático, con el que te sostendrás en el camino. Clama, pues, a los errantes, y a los que ignoran el camino, Yo soy el

camino: a los que dudan, y no creen, Yo soy la verdad: a los que ya ascienden, pero se cansan, Yo soy la vida. Suficientemente, creo, se ha mostrado del capítulo propuesto del Evangelio, que el conocimiento de la verdad es el fruto de la humildad. Recibe también otro. Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas, sin duda los secretos de la verdad, a los sabios y prudentes, es decir, a los soberbios, y las revelaste a los pequeños (Luc. X, 21), esto es, a los humildes. Y en esto se muestra que la verdad, que se esconde a los soberbios, se revela a los humildes.

2. La humildad puede definirse así: La humildad es la virtud por la cual el hombre, con el conocimiento más verdadero de sí mismo, se considera vil. Esta conviene a aquellos que, habiendo dispuesto ascensiones en su corazón, progresan de virtud en virtud, es decir, de grado en grado, hasta llegar a la cumbre de la humildad, en la cual, como en Sion, es decir, en la especulación, colocados, contemplan la verdad. Pues, dice, el legislador dará bendición (Sal. LXXXIII, 8): porque quien dio la ley, dará también la bendición; esto es, quien mandó la humildad, conducirá a la verdad. ¿Quién es este legislador, sino el dulce y recto Señor que dio la ley a los que delinquen en el camino? (Sal. XXIV, 8.) En el camino delinquen, quienes abandonan la verdad. Pero, ¿acaso aun así son abandonados por el dulce Señor? A ellos, pues, el dulce y recto Señor les da la ley del camino de la humildad, por el cual regresen al conocimiento de la verdad. Da ocasión de recuperar la salud, porque es dulce; no obstante, no sin la disciplina de la ley, porque es recto. Dulce, porque no permite que perezcan; recto, porque no olvida castigar.

CAPÍTULO II. Con qué fruto se ascienden los grados de humildad.

3. Esta ley, por la cual se regresa a la verdad, el bienaventurado Benito la dispone en doce grados: para que así como por los diez mandamientos de la ley y la doble circuncisión (en lo cual se completa el número doce) se llega a Cristo; así, ascendidos estos doce grados, se alcance la verdad. También lo que en aquella escala, que en tipo de humildad fue mostrada a Jacob, el Señor apareció apoyado desde arriba (Gen. XXVIII, 12, 13), ¿qué otra cosa nos insinúa, sino que en la cumbre de la humildad se establece el conocimiento de la verdad? El Señor, pues, desde la cima de la escala miraba sobre los hijos de los hombres como Verdad, cuyos ojos, así como no quieren engañar, tampoco saben ser engañados, para ver si hay alguien que entienda o busque a Dios. ¿No te parece que desde lo alto clama y dice a los que lo buscan (pues conoce a los que son suyos): Pasad a mí, todos los que me deseáis, y saciaos de mis generaciones? (Ecli. XXIV, 26) y aquello: Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mat. XI, 28). Venid, dice. ¿A dónde? A mí, la verdad. ¿Por qué? Por la humildad. ¿Con qué fruto? Yo os haré descansar. Pero, ¿cuál es el descanso que la Verdad promete a los que ascienden, y devuelve a los que llegan? ¿Acaso es la caridad? Pues a esta, como dice el bienaventurado Benito, ascendido todos los grados de humildad, el monje pronto llegará (Reg. cap. 7, grad. 12). Verdaderamente dulce y suave alimento es la caridad, que alivia a los cansados, fortalece a los débiles, alegra a los tristes. En efecto, hace el yugo de la Verdad suave, y la carga ligera.

4. Buen alimento es la caridad, que situada en medio del banquete de Salomón (Cantic. III, 9, 10), con el olor de diversas virtudes, como la fragancia de diferentes tipos de especias, sacia a los hambrientos, alegra a los que sacian. Allí se ofrece paz, paciencia, benignidad, longanimidad, gozo en el Espíritu Santo: y si hay otras generaciones de verdad o sabiduría, se preparan [o se ofrecen] en ella. También la humildad tiene en el mismo banquete sus manjares, a saber, el pan del dolor y el vino de la compunción, que primero la Verdad ofrece a los principiantes, a quienes ciertamente se dice: Levantaos después de haber descansado, los que coméis el pan del dolor (Sal. CXXVI, 2). Tiene allí la contemplación el alimento

sólido de la sabiduría del grano más selecto, con el vino que alegra el corazón del hombre, a los cuales la Verdad invita a los perfectos, diciendo: Comed, amigos míos, y bebed; y embriagaos, carísimos (Cantic. V, 1). En medio, dice, la caridad la dispuso por las hijas de Jerusalén (id. II, 10); por las almas imperfectas, que, mientras aún no pueden recibir ese alimento sólido, deben ser alimentadas con la leche de la caridad en lugar del pan, y con el aceite en lugar del vino. Que correctamente se describe como en medio, porque su dulzura no está presente para los principiantes, impedida por el temor; ni es suficiente para los perfectos, por la dulzura más abundante de la contemplación. Estos aún, por los nocivos humores de las deleitaciones carnales, deben ser purgados con la poción amarguísima del temor, y no experimentan aún la dulzura de la leche: aquellos ya apartados de la leche, se deleitan más gloriosamente en el banquete de la gloria: solo los medios, es decir, los que progresan, habiendo ya experimentado algunas sorbidas melosas de la caridad, se contentan con ellas por su ternura.

5. El primer alimento, pues, es de la humildad, purgatorio con amargura: el segundo de la caridad, consolador con dulzura: el tercero de la contemplación, sólido con fortaleza. ¡Ay de mí, Señor Dios de los ejércitos! ¿Hasta cuándo te enojarás con la oración de tu siervo, me alimentarás con pan de lágrimas, y me darás a beber en lágrimas? ¿Quién me invitará a aquel banquete medio y dulce de la caridad: donde los justos se banquetearán en la presencia de Dios, y se deleitarán en la alegría, para que ya no hablando en la amargura de mi alma, diga a Dios, No me condenes: sino que banquetando en los ázimos de sinceridad y verdad, alegre cante en los caminos del Señor, porque grande es la gloria del Señor? Sin embargo, buen camino es el de la humildad, por el cual se busca la verdad, se adquiere la caridad, se participan las generaciones de la sabiduría. En efecto, así como el fin de la ley es Cristo, así la perfección de la humildad es el conocimiento de la verdad. Cristo cuando vino trajo la gracia: la Verdad a quienes se da a conocer, da la caridad. Pero se da a conocer a los humildes: por tanto, a los humildes da la gracia.

CAPÍTULO III. En qué orden los grados de humildad conducen al premio propuesto de la verdad: y cómo Cristo aprendió la misericordia a través de la pasión.

6. He dicho, como he podido, con qué fruto deben ascenderse los grados de humildad: diré, como pueda, en qué orden conducen al premio propuesto de la verdad. Pero, porque el mismo conocimiento de la verdad consiste en tres grados, los distingo brevemente, si puedo: para que de esto se conozca más claramente, a cuál de los tres de la verdad, el duodécimo de la humildad alcanza. Buscamos, pues, la verdad en nosotros, en los prójimos, en su naturaleza. En nosotros, juzgándonos a nosotros mismos: en los prójimos, compadeciéndonos de sus males: en su naturaleza, contemplándola con corazón puro. Observa tanto el número como el orden. Primero te enseñe la misma Verdad, que primero debe buscarse en los prójimos que en su naturaleza. Después entenderás por qué primero debes buscarla en ti que en los prójimos. En el número de las bienaventuranzas, que el Señor distinguió en su sermón, puso primero a los misericordiosos, que a los de corazón puro (Mat. V, 7, 8). Los misericordiosos, en efecto, pronto descubren la verdad en los prójimos, mientras extienden sus afectos hacia ellos: mientras por la caridad se conforman a ellos, de modo que sienten como propios sus bienes o males. Con los enfermos se enferman, con los escandalizados se queman (II Cor. XI, 29). Acostumbran a alegrarse con los que se alegran, llorar con los que lloran (Rom. XII, 15). Con esta caridad fraterna, purificada la agudeza del corazón, se deleitan en contemplar la verdad en su naturaleza, por cuyo amor soportan los males ajenos. Pero quienes no se asocian así con los hermanos, sino que al contrario insultan a los que lloran, o critican a los que se alegran, mientras lo que está en ellos no lo sienten en sí mismos, porque no están igualmente afectados, ¿cómo pueden descubrir la verdad en los prójimos? Bien les conviene aquel

proverbio vulgar: No sabe el sano lo que siente el enfermo, ni el lleno lo que padece el hambriento. Y el enfermo al enfermo, y el hambriento al hambriento cuanto más cercano, tanto más familiarmente se compadecen. Pues así como la pura verdad no se ve sino con corazón puro; así la miseria del hermano se siente más verdaderamente con corazón miserable. Pero para que tengas un corazón miserable por la miseria ajena, es necesario que primero reconozcas la tuya: para que encuentres la mente del prójimo en la tuya, y por ti sepas cómo socorrerle, a ejemplo de nuestro Salvador, que quiso padecer, para saber compadecer; hacerse miserable, para aprender a tener misericordia, para que como de él está escrito, Aprendió de lo que padeció la obediencia (Hebr. V, 8), así también aprendiera la misericordia. No porque antes no supiera tener misericordia, cuya misericordia es desde la eternidad, y hasta la eternidad: sino que lo que sabía por naturaleza desde la eternidad, lo aprendió por experiencia temporal.

7. Pero quizás te parezca duro lo que dije que la sabiduría de Dios, Cristo, aprendió la misericordia; como si aquel por quien todo fue hecho, alguna vez hubiera ignorado algo de lo que es: especialmente cuando lo que mencioné de la Epístola a los Hebreos para probarlo, puede entenderse en otro sentido, que no parezca tan absurdo; para que lo que se dijo, aprendió, no se refiera a la cabeza en su persona, sino a su cuerpo, que es la Iglesia; y así sea el sentido: Y aprendió de lo que padeció la obediencia, es decir, aprendió la obediencia en su cuerpo de lo que padeció en la cabeza. Pues aquella muerte, aquella cruz, los oprobios, los escupitajos, los azotes, que todo nuestro cabeza Cristo pasó, ¿qué otra cosa fueron para su cuerpo, es decir, para nosotros, que claros ejemplos de obediencia? Porque Cristo, dice Pablo, se hizo obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 8). ¿Por qué necesidad? Responda el apóstol Pedro: Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis, dice, sus huellas (I Pedro II, 21), es decir, para que imitéis su obediencia. De lo que padeció, pues, aprendemos cuánto nos conviene a nosotros, que somos puros hombres, sufrir por la obediencia, por la cual él, que también era Dios, no dudó en morir. Y de este modo, dices, no será inconveniente, si se dice que Cristo aprendió en su cuerpo la obediencia o la misericordia, o cualquier otra cosa: siempre que no se crea que en su persona algo que antes ignoraba, pudo llegarle con el tiempo. Así él mismo sea quien enseñe a tener misericordia o a obedecer, él mismo quien aprenda: porque la cabeza y el cuerpo son un solo Cristo.

8. No niego que esta interpretación sea correcta; sin embargo, parece que la interpretación anterior se aprueba en otro pasaje de la misma Epístola, donde se dice: "Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham; por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para ser misericordioso" (Hebr. II, 16, 17). Creo que estas palabras deben referirse al Verbo, de modo que no pueden aplicarse completamente al cuerpo. Se dice del Verbo de Dios que "no socorrió a los ángeles", es decir, no asumió una persona angélica, sino la descendencia de Abraham. No se lee que el Verbo se hizo ángel, sino que "el Verbo se hizo carne" (Juan I, 14), y carne de la carne de Abraham, según la promesa que primero se le hizo. Por lo tanto, "debía ser en todo semejante a sus hermanos"; es decir, era necesario y conveniente que, siendo semejante a nosotros, experimentara todas nuestras miserias, excepto el pecado. Si preguntas por qué necesidad, se dice: "Para ser misericordioso". Y esto, dices, ¿por qué no puede referirse correctamente al cuerpo? Pero escucha lo que sigue poco después: "Porque en cuanto él mismo padeció y fue tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (Hebr. II, 18). En estas palabras no veo qué pueda entenderse mejor que el hecho de que quiso padecer y ser tentado, y compartir todas las miserias humanas, excepto el pecado (lo que es ser en todo semejante a sus hermanos), para aprender a compadecerse y tener misericordia de los que padecen y son tentados, mediante la experiencia.

9. No digo que por esta experiencia se hiciera más sabio, sino que se mostró más cercano: para que los hijos débiles de Adán, a quienes no despreció hacer y llamar hermanos (Hebr. II, 11), no dudaran en confiarle sus debilidades, quien podía sanarlas como Dios, y quería hacerlo como cercano, y las conocía por haberlas padecido. Por eso Isaías lo llama "varón de dolores, experimentado en quebranto" (Isa. LIII, 3); y el Apóstol: "No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades". Y para indicar de dónde puede hacerlo, añade: "Tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado" (Hebr. IV, 15). El bendito Dios, el bendito Hijo de Dios, en esa forma en la que no consideró usurpación ser igual al Padre, sin duda impasible, antes de vaciarse tomando forma de siervo (Filip. II, 6, 7), así como no había experimentado miseria o sujeción, tampoco conocía la misericordia o la obediencia por experiencia. Sabía, ciertamente, por naturaleza, pero no por experiencia. Pero cuando fue hecho menor no solo de sí mismo, sino también un poco menos que los ángeles, que también son impasibles por gracia, no por naturaleza, hasta esa forma en la que podía padecer y ser sujeto, lo cual ciertamente (como se ha dicho) no podía en su propia forma; y en la pasión experimentó la misericordia, y en la sujeción la obediencia. Sin embargo, por esa experiencia, no creció en él (como dije) el conocimiento, sino en nosotros la confianza, mientras que por este género de conocimiento miserable, aquel de quien nos habíamos alejado mucho, se hizo más cercano a nosotros. ¿Cuándo nos hubiéramos atrevido a acercarnos a él, permaneciendo en su impasibilidad? Ahora, sin embargo, el Apóstol nos exhorta a acercarnos con confianza al trono de su gracia (Hebr. IV, 16), a quien ciertamente, como está escrito en otro lugar, reconocemos que "llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores" (Isa. LIII, 4), y no dudamos de que pueda compadecerse de nosotros en lo que él mismo padeció.

10. Por lo tanto, no debe parecer absurdo si se dice que Cristo no comenzó a saber algo que alguna vez no supiera; sin embargo, saber de un modo la misericordia desde la eternidad por la divinidad, y de otro modo aprenderla en el tiempo por la carne. Considera si de manera similar se dijo aquello de que el Señor respondió a los discípulos que preguntaban sobre el último día que él no lo sabía. Pues, ¿cómo no sabía él ese día, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento? (Colos. II, 3). ¿Por qué, entonces, negó saber lo que es seguro que no podía ignorar? ¿Acaso quiso ocultarles falsamente lo que no podía serles revelado útilmente? De ninguna manera. Así como no podía ignorar nada, siendo sabiduría, tampoco podía mentir, siendo verdad. Pero queriendo refrenar a los discípulos de la curiosidad de una investigación inútil, negó saber lo que preguntaban: no absolutamente, sino de un modo tal que pudo negarlo verazmente. Pues, aunque por la visión de su divinidad contemplaba igualmente todas las cosas, pasadas, presentes y futuras, y tenía claro también ese día; no obstante, no lo había conocido experimentando con ninguno de los sentidos de su carne. De lo contrario, ya habría destruido al Anticristo con el espíritu de su boca, ya habría oído con los oídos de su cuerpo al arcángel clamando y la trompeta sonando, en cuyo estruendo los muertos han de resucitar; ya habría visto con los ojos de su carne a las ovejas y a los cabritos, que han de ser separados unos de otros.

11. Finalmente, para que entiendas que se dijo que no conocía ese día solo por el conocimiento que se hace por la carne, respondiendo cuidadosamente, no dijo: "Ni yo sé", sino "ni el Hijo del hombre sabe" (Marcos XIII, 32). ¿Qué es el Hijo del hombre, sino el nombre de la carne asumida? Por lo cual se da a entender que al decir que no sabía algo, no hablaba según lo que es Dios, sino según el hombre. En otras ocasiones, hablando de sí mismo según su divinidad, no solía decir Hijo, o Hijo del hombre; sino que solía decir Yo, o Me, como allí: "De cierto, de cierto os digo, antes que Abraham fuese, yo soy" (Juan VIII, 58). Dijo "Yo soy", no "el Hijo del hombre es". Y no hay duda de que hablaba de esa esencia

por la cual es antes de Abraham y sin principio, no por la cual es después de Abraham y hecho de Abraham. También en otro lugar, preguntando a los discípulos sobre la opinión de los hombres acerca de él, dijo: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" (Mat. XVI, 13-16). Y nuevamente, preguntándoles quién creían ellos que era: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" No "quién es el Hijo del hombre", sino "quién soy yo". Indagando la opinión del pueblo carnal sobre la carne, usó el nombre de la carne, que propiamente es "Hijo del hombre"; pero preguntando a los discípulos espirituales sobre su divinidad, no dijo "Hijo del hombre", sino significativamente "yo". Finalmente, Pedro, entendiendo lo que se le había preguntado por lo que había dicho "yo", respondió: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". Si hubiera respondido "Jesús, hijo de la Virgen", habría dicho la verdad igualmente; pero advirtiendo prudentemente el sentido de la pregunta en las palabras de la interrogación, respondió adecuadamente y propiamente a lo preguntado, diciendo: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios".

12. Por lo tanto, cuando ves que Cristo tiene en una sola persona dos naturalezas, una por la cual siempre ha sido, y otra por la cual comenzó a ser; y que según su ser eterno, siempre lo sabe todo; pero según su ser temporal, ha experimentado muchas cosas temporalmente: ¿por qué dudas en admitir que así como comenzó a ser en el tiempo por la carne, también comenzó a conocer las miserias de la carne, al menos en ese modo de conocimiento que enseña la debilidad de la carne? Este tipo de conocimiento, ciertamente, el primer hombre habría conocido más sabiamente y felizmente, cuando no podían alcanzarlo sino necia y miserablemente. Pero su Creador, Dios, buscando lo que se había perdido, compadecido de su obra, descendió misericordiosamente a donde ellos habían caído miserablemente. Quiso experimentar en sí mismo lo que ellos merecidamente padecían al actuar contra sí mismos, no con una curiosidad similar, sino con una caridad admirable: no para permanecer como un miserable entre los miserables, sino para, hecho misericordioso, liberar a los miserables. Digo hecho misericordioso, no con aquella misericordia que, permaneciendo feliz, tuvo desde la eternidad, sino con la que, mediando la miseria, encontró en nuestra condición. La obra de piedad que comenzó con aquella, la perfeccionó con esta: no porque solo aquella no pudiera perfeccionarla; sino porque no podía bastar para nosotros sin esta. Ambas eran necesarias; pero para nosotros esta fue más adecuada. ¡Oh, inefable concepción de piedad! ¿Cuándo habríamos pensado en aquella maravillosa misericordia que no es informada por una miseria precedente? ¿Cuándo habríamos advertido aquella compasión desconocida para nosotros, que no precedida por la pasión, perdura con impasibilidad? Sin embargo, si aquella misericordia que no conoce la miseria no hubiera precedido, no habría accedido a esta, cuya madre es la miseria. Si no hubiera accedido, no habría atraído; si no hubiera atraído, no habría extraído. ¿De dónde extrajo, sino del pozo de la miseria y del lodo del fango? (Salmo XXXIX, 3). No obstante, no abandonó aquella misericordia, sino que injertó esta: no la cambió, sino que la multiplicó, como está escrito: "Salvarás, Señor, a hombres y bestias, como multiplicaste tu misericordia, Dios" (Salmo XXXV, 7, 8).

CAPÍTULO IV. El primer grado de la verdad es atender primero a uno mismo, o reconocer la propia miseria.

13. Pero volvamos ya al propósito. Si, por tanto, se hizo miserable quien no lo era, para experimentar lo que ya sabía: ¡cuánto más tú, no digo que te hagas lo que no eres, sino que atiendas a lo que eres, porque verdaderamente eres miserable, y así aprendas a tener misericordia, quien de otro modo no puedes saberlo! No sea que, si consideras el mal del prójimo y no atiendes al tuyo, te muevas no a la misericordia, sino a la indignación; no a ayudar, sino a juzgar: finalmente, no a instruir en espíritu de mansedumbre, sino a destruir en espíritu de furia. Vosotros, que sois espirituales, dice el Apóstol, restaurad a tal en espíritu de

mansedumbre. Es el consejo o incluso el precepto del Apóstol, que socorras al hermano enfermo con el espíritu manso, es decir, con el que deseas ser socorrido cuando enfermas. Y para que sepas cómo puedes ser manso con el delincuente, dice: Considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado (Gál. VI, 1).

14. Es interesante considerar cómo el discípulo de la Verdad sigue el orden del Maestro. En las bienaventuranzas, que mencioné antes (n. 6), así como primero se pronuncian los misericordiosos antes que los puros de corazón, así también se pronuncian primero los mansos antes que los misericordiosos (Mat. V, 4, 7, 8). Y el Apóstol, cuando exhortaba a los espirituales a instruir a los carnales, añadió, en espíritu de mansedumbre. La instrucción de los hermanos pertenece a los misericordiosos; el espíritu de mansedumbre, a los mansos. Como si dijera: No puede contarse entre los misericordiosos quien no es manso en sí mismo. He aquí que el Apóstol muestra claramente lo que prometí mostrar antes (n. 6), a saber, que primero debe buscarse la verdad en nosotros antes que en los prójimos; considerándote a ti mismo, dice, es decir, cuán fácil es para ti ser tentado, cuán propenso a pecar: para que, de la consideración de ti mismo, te vuelvas manso, y así te acerques a socorrer a otros en espíritu de mansedumbre. De lo contrario, si no escuchas al discípulo que te amonesta, teme al Maestro que te reprende: Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo; y entonces verás para sacar la paja del ojo de tu hermano (Mat. VII, 5). La viga en el ojo, grande y gruesa, es la soberbia en la mente: que con cierta corpulencia suya, vana, no sana; hinchada, no sólida, oscurece el ojo de la mente, ensombrece la verdad: de modo que, si ocupa tu mente, ya no puedes ver, ya no puedes sentirte tal como eres, o como puedes ser; sino que, como te amas, así te crees ser, o esperas ser. ¿Qué es, en efecto, la soberbia, sino (como define un santo [S. AGUSTÍN, de Genesi ad litteram, lib. XI, nn. 24, 25, y en otros lugares]) el amor de la propia excelencia? Por lo cual también podemos decir, por el contrario, que la humildad es el desprecio de la propia excelencia. El amor, en verdad, al igual que el odio, no conoce el juicio de la verdad. ¿Quieres escuchar el juicio de la Verdad? Como oigo, así juzgo (Juan V, 30). No como odio, no como amo, no como temo. Hay un juicio del odio, como aquel: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir (Juan XIX, 7). También hay un juicio del temor, como aquel: Si lo dejamos así, vendrán los romanos y tomarán nuestro lugar y nación (Juan XI, 48). El juicio del amor, como David sobre su hijo parricida: Perdonad, dice, al joven Absalón (II Sam. XVIII, 5). Y sé que está establecido por las leyes humanas, y observado en las causas, tanto eclesiásticas como seculares, que los amigos especiales de los litigantes no deben ser admitidos al juicio: para que no engañen, ni sean engañados por el amor de los suyos. Si el amor de tu amigo disminuye o esconde por completo la culpa de él en tu juicio, ¡cuánto más el amor de ti mismo engaña tu juicio contra ti!

15. Por lo tanto, quien se preocupa por conocer plenamente la verdad en sí mismo, es necesario que, apartada la viga de la soberbia, que impide al ojo la luz, disponga ascensiones en su corazón, por las cuales se busque a sí mismo en sí mismo, y así, después del duodécimo grado de humildad, llegue al primer grado de verdad. Pero cuando, habiendo encontrado la verdad en sí mismo, o más bien, habiéndose encontrado a sí mismo en la verdad, pueda decir: Creí, por lo cual hablé; yo, sin embargo, fui humillado en gran manera: que el hombre ascienda a un corazón elevado, para que la verdad sea exaltada, y llegando al segundo grado diga en su exceso: Todo hombre es mentiroso (Salmo CXV, 10, 11). ¿Crees que David no siguió este orden? ¿Crees que el Profeta no sintió lo que el Señor, lo que el Apóstol, lo que nosotros también sentimos después de ellos y por ellos? Creí, dice, a la Verdad que dice: El que me sigue, no andará en tinieblas (Juan VIII, 12). Creí, por lo tanto, siguiendo, por lo cual hablé confesando. ¿Qué confesando? La verdad que conocí creyendo. Pero después de que creí para justicia, y hablé para salvación, fui humillado en gran manera, es decir,

perfectamente. Como si dijera: Porque no me avergoncé de confesar la verdad conocida en mí contra mí, he progresado hacia la perfección de la humildad. En gran manera puede entenderse por perfectamente; como allí: En sus mandamientos se deleitará en gran manera (Salmo CXI, 1). Pero si alguien sostiene que en gran manera aquí se pone por muy, no por perfectamente, porque los expositores parecen afirmar lo mismo; tampoco esto está en desacuerdo con el sentido del Profeta, para que así entendamos que dijo: Yo, ciertamente, cuando aún no conocía la verdad, me consideraba algo, cuando no era nada. Pero después de que, creyendo en Cristo, es decir, imitando su humildad, conocí la verdad; ella ciertamente fue exaltada en mí por mi confesión: pero yo fui humillado en gran manera, es decir, me volví muy vil a mis propios ojos por la consideración de mí mismo.

CAPÍTULO V. El segundo grado de la verdad es, a partir del reconocimiento de la propia debilidad, compadecerse de la miseria del prójimo.

16. Humillado, por lo tanto, el Profeta en este primer grado de la verdad, como dice en otro salmo: Y en tu verdad me humillaste (Salmo CXVIII, 75); que atienda a sí mismo, y a partir de su propia miseria considere la general: y así, pasando al segundo, diga en su exceso: Todo hombre es mentiroso. ¿En qué exceso suyo? Sin duda en aquel, en el que excediéndose a sí mismo, y adhiriéndose a la verdad, se juzga a sí mismo. En aquel exceso suyo, por lo tanto, diga, no indignándose o insultando, sino compadeciéndose y teniendo misericordia: Todo hombre es mentiroso. ¿Qué significa, Todo hombre es mentiroso? Todo hombre es débil, todo hombre es miserable e impotente, que ni puede salvarse a sí mismo, ni a otro. Así como se dice: Engañoso es el caballo para la salvación (Salmo XXXII, 17), no porque el caballo engañe a alguien, sino porque se engaña a sí mismo quien confía en su fortaleza: así se dice que todo hombre es mentiroso, es decir, frágil, mudable, de quien no puede esperarse salvación, ni propia ni ajena: más bien incurre en maldición quien pone su esperanza en el hombre (Jerem. XVII, 5). Avanzando, por lo tanto, el humilde Profeta por la guía de la verdad, viendo en otros lo que lamentaba en sí mismo, mientras añade conocimiento, añada también dolor, y diga general y verdaderamente: Todo hombre es mentiroso.

17. Observa cuán diferente fue el sentimiento de aquel fariseo soberbio sobre sí mismo. ¿Qué expresó en su exceso? Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres (Luc. XVIII, 11). Mientras se exalta singularmente en sí mismo, insulta arrogantemente a los demás. David, sin embargo, de otra manera. Dice: Todo hombre es mentiroso. No exceptúa a nadie, para no engañar a nadie: sabiendo que todos pecaron, y todos necesitan la gloria de Dios (Rom. III, 23). El fariseo se engaña a sí mismo, a quien solo exceptúa, mientras condena a los demás. El Profeta no se exceptúa de la miseria común, para no ser exceptuado de la misericordia: el fariseo rechaza la misericordia, mientras disimula la miseria. El Profeta afirma tanto de todos como de sí mismo: Todo hombre es mentiroso; el fariseo confirma de todos excepto de sí mismo, diciendo: No soy como los demás hombres. Y da gracias, no porque es bueno, sino porque es único: no tanto por los bienes que tiene, como por los males que ve en los demás. Aún no había sacado la viga de su propio ojo, y enumera las pajas en los ojos de sus hermanos. Pues añade: Injustos, ladrones (Luc. XVIII, 11). No en vano, creo, me he desviado del propósito, si has entendido la diferencia entre los excesos de ambos.

18. Ahora debemos volver al tema propuesto. Aquellos a quienes la verdad ya se ha revelado y, por lo tanto, ha hecho que todo lo que solían amar se vuelva insignificante, es necesario que todo lo que solían amar, e incluso ellos mismos, les resulte amargo. Al ponerse frente a sí mismos, se ven de una manera que les avergüenza ser vistos. Y mientras les desagrada lo que son y suspiran por lo que no son, lo cual desconfían de poder ser por sí mismos,

lamentándose intensamente, encuentran consuelo solo en ser jueces severos de sí mismos, quienes, por amor a la verdad, tienen hambre y sed de justicia, exigiendo de sí mismos una satisfacción rigurosísima hasta el desprecio de sí mismos, y en adelante, enmienda. Pero, cuando se dan cuenta de que no pueden lograrlo por sí mismos (pues cuando han hecho todo lo que se les ha mandado, dicen que son siervos inútiles [Luc. XVII, 10]), recurren de la justicia a la misericordia. Y para alcanzarla, siguen el consejo de la Verdad: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mat. V, 7). Y este es el segundo grado de la verdad, en el que la buscan en los prójimos; mientras buscan las necesidades de los demás a partir de las suyas propias; mientras saben compadecerse de los que sufren a partir de lo que ellos mismos padecen.

CAPÍTULO VI. Tercer grado de la verdad, purificar el ojo del corazón para contemplar las cosas celestiales y divinas.

19. En estos tres aspectos mencionados, es decir, en el luto del arrepentimiento, en el deseo de justicia, en las obras de misericordia, si perseveran, purifican la agudeza del corazón de tres impedimentos que han contraído por ignorancia, debilidad o afán, para que a través de la contemplación puedan pasar al tercer grado de la verdad. Estos son los caminos que parecen buenos a los hombres, excepto para aquellos que se alegran cuando hacen el mal y se regocijan en las cosas perversas (Prov. II, 14), y se excusan de su debilidad o ignorancia para justificar sus pecados (Sal. CXL, 4). Pero en vano se halagan a sí mismos con su debilidad o ignorancia, quienes para pecar más libremente, prefieren ignorar o debilitarse. ¿Crees que al primer hombre le sirvió de algo, aunque no pecó voluntariamente, defenderse a través de su esposa, como si fuera por la debilidad de la carne (Gen. III, 12)? ¿O que los lapidadores del primer mártir, porque se taparon los oídos (Hech. VII, 56), serán excusables por ignorancia? Por lo tanto, aquellos que se sienten alejados de la verdad por el afán y amor al pecado, oprimidos por la debilidad e ignorancia; conviertan su afán en gemido, su amor en tristeza, venzan la debilidad de la carne con el fervor de la justicia, rechacen la ignorancia con generosidad: no sea que ahora, al ignorar la verdad necesitada, desnuda e indefensa, cuando venga con gran poder y virtud, aterradora, acusadora, la reconozcan tarde con vergüenza, y en vano respondan con temblor: ¿Cuándo te vimos necesitado, y no te servimos? (Mat. XXV, 44). Ciertamente, el Señor será conocido al hacer justicia (Sal. IX, 17), quien ahora es ignorado buscando misericordia. Finalmente, verán a quien traspasaron (Juan XIX, 37): igualmente los avaros a quien despreciaron. Por lo tanto, de toda mancha, debilidad, ignorancia o afán contraído, llorando, teniendo hambre de justicia, insistiendo en las obras de misericordia, se purifica el ojo del corazón, al cual la Verdad promete mostrarse en su pureza: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Así, siendo tres los grados o estados de la verdad, ascendemos al primero por el trabajo de la humildad, al segundo por el afecto de la compasión, al tercero por el exceso de la contemplación. En el primero, la verdad se encuentra severa; en el segundo, piadosa; en el tercero, pura. Al primero nos conduce la razón, con la que nos examinamos; al segundo nos lleva el afecto, con el que nos compadecemos de los demás; al tercero nos arrebató la pureza, con la que nos elevamos a lo invisible.

CAPÍTULO VII. Cómo la santa Trinidad opera estos tres grados de la verdad en nosotros.

20. Aquí se me ilumina una operación maravillosa y dividida de la indivisa Trinidad, si de alguna manera puede ser captada por el hombre sentado en las tinieblas esa división de las personas que cooperan entre sí. En el primer grado, el Hijo, en el segundo el Espíritu Santo, en el tercero me parece que opera el Padre. ¿Quieres escuchar la operación del Hijo? Si yo, dice, os he lavado los pies, el Señor y Maestro, cuánto más debéis lavaros los pies unos a

otros (Juan XIII, 14). El Maestro de la verdad entregaba a los discípulos la forma de la humildad, para que en el primer grado la verdad se les hiciera conocida. Observa también la obra del Espíritu Santo: El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). El amor es un don del Espíritu Santo, por el cual aquellos que han progresado hasta el primer grado de la verdad bajo la disciplina del Hijo a través de la humildad, llegan al segundo por la compasión del prójimo, bajo la enseñanza del Espíritu Santo. Escucha también sobre el Padre, Bienaventurado eres, Simón Bar Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mat. XVI, 17); y aquello, El Padre hará conocer su verdad a los hijos (Isa. XXXVIII, 19); y, Te alabo, Padre, porque escondiste estas cosas de los sabios y las revelaste a los pequeños (Mat. XI, 25): Ves que aquellos a quienes el Hijo primero humilló con su palabra y ejemplo, sobre quienes luego el Espíritu Santo derramó amor, finalmente el Padre los recibió en gloria. El Hijo hace discípulos, el Paráclito consuela a los amigos, el Padre exalta a los hijos. Y puesto que no solo el Hijo, sino también el Padre y el Espíritu Santo son verdaderamente llamados Verdad; está claro que una misma Verdad, manteniendo la propiedad de las personas, opera estas tres cosas en los tres grados. Primero instruye, como maestro: segundo consuela, como amigo o hermano: tercero une, como padre a los hijos.

568 21. El Hijo de Dios, es decir, la Palabra y sabiduría del Padre, primero encuentra aquella potencia de nuestra alma, que se llama razón, cuando la halla oprimida por la carne, cautiva por el pecado, ciega por la ignorancia, dedicada a las cosas exteriores; asumiéndola clementemente, levantándola poderosamente, instruyéndola prudentemente, atrayéndola hacia adentro, y usándola maravillosamente como vicaria suya, la establece como juez de sí misma, de modo que por reverencia a la Palabra a la que se une, ella misma actúe como acusadora, testigo y juez contra sí misma en el oficio de la Verdad. De esta primera unión de la Palabra y la razón nace la humildad. Luego, la otra parte, que se llama voluntad, infectada por el veneno de la carne, pero ya examinada por la razón, el Espíritu Santo la visita dignamente, lucha suavemente, la afecta ardientemente, la hace misericordiosa: de modo que, como la piel que se extiende cuando es ungida, también ella, impregnada por la unción celestial, se dilata por el afecto hasta los enemigos. Y así, de esta segunda unión del Espíritu de Dios y la voluntad humana, se produce la caridad. Ambas partes, la razón y la voluntad, una instruida por la palabra de la verdad, la otra inspirada por el espíritu de la verdad; aquella rociada con el hisopo de la humildad, esta encendida con el fuego de la caridad; finalmente, el alma ya perfecta, sin mancha por la humildad, sin arruga por la caridad; cuando ni la voluntad se opone a la razón, ni la razón disimula la verdad, el Padre la une a sí como esposa gloriosa: de modo que ni la razón se permite pensar en sí misma, ni la voluntad en el prójimo, sino que esa alma bienaventurada solo se deleita en decir, El Rey me ha introducido en su cámara. Digna ciertamente, que de la escuela de la humildad, en la que primero aprendió a entrar en sí misma bajo la enseñanza del Hijo, según la advertencia hecha a ella, Si no te conoces a ti misma, sal y apacienta tus cabritos (Cantic. I, 3, 7); digna, por tanto, que de esa escuela de humildad, guiada por el Espíritu Santo, sea introducida en las bodegas de la caridad (que deben entenderse como los corazones de los prójimos) por el afecto; de donde, sostenida por flores y rodeada de manzanas, es decir, por buenas costumbres y virtudes santas, finalmente sea admitida en la cámara del Rey, por cuyo amor languidece. Allí, por un breve tiempo, como media hora, hecho el silencio en el cielo, descansando suavemente entre los abrazos deseados, ella misma duerme, pero su corazón vela, con el cual, en efecto, explora los secretos de la verdad: de los cuales luego, al regresar inmediatamente a sí misma, se alimenta con su memoria. Allí ve lo invisible, escucha lo inefable, que no es lícito al hombre hablar. Superan, en efecto, todo aquel conocimiento que la noche comunica a la

noche: sin embargo, el día al día emite palabra, y entre los sabios es lícito hablar de sabiduría y comparar lo espiritual con lo espiritual.

CAPÍTULO VIII. Los mismos grados se declaran en el rapto de San Pablo.

22. ¿Crees que Pablo no había pasado por estos grados, quien testifica haber sido arrebatado hasta el tercer cielo? (II Cor. XII, 2). Pero, ¿por qué arrebatado, y no más bien conducido? Para que, si un apóstol tan grande dice haber sido arrebatado, a donde ni enseñado supo, ni conducido pudo ir; yo, que sin duda soy menor que Pablo, no presuma llegar al tercer cielo por ninguna virtud mía, ni por ningún trabajo mío: para que no confíe en mi virtud, ni desconfíe por mi trabajo. Porque quien es enseñado o conducido, por el mismo hecho de seguir al que enseña o conduce, se demuestra que trabaja, y hace algo por sí mismo para ser llevado al lugar o sentido destinado, de modo que pueda decir: No yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV, 10). Pero quien es arrebatado, no apoyado en sus propias fuerzas, sino en las ajenas, como ignorante es llevado a cualquier parte, y no se gloria ni de todo en sí mismo, ni de parte, donde ni por sí mismo, ni con otro, hace algo. Por lo tanto, al primer o al medio cielo el apóstol pudo ascender conducido o ayudado: pero para llegar al tercero, era necesario ser arrebatado. Pues para esto se lee que el Hijo descendió, para llamar y ayudar a los que ascendieran al primero: y el Espíritu Santo fue enviado, para llevar al segundo. Pero el Padre, aunque siempre coopera con el Hijo y el Espíritu Santo, nunca se lee que haya descendido del cielo, ni que haya sido enviado a la tierra. Ciertamente leo que la misericordia del Señor llena la tierra (Sal. XXXII, 5); y, Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria, y muchas cosas de este tipo. Leo también del Hijo, Después de que vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo (Gal. IV, 4). Y el mismo Hijo habla de sí mismo, El Espíritu del Señor me ha enviado (Isa. LXI, 1). Y por el mismo profeta: Y ahora, dice, el Señor me ha enviado y su Espíritu (Isa. XLVIII, 16). Leo también del Espíritu Santo, Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre (Juan XIV, 26); y, Cuando haya sido elevado, os enviaré a él (Juan XVI, 7), sin duda refiriéndose al Espíritu Santo. Pero al Padre en su persona, aunque no está en ninguna parte, no lo encuentro en ningún lugar sino en los cielos, como en el Evangelio, Y mi Padre que está en los cielos (Mat. XXIII, 9); y en la oración, Padre nuestro que estás en los cielos (Mat. VI, 9).

23. Por lo cual, ciertamente concluyo que, como el Padre no descendió, el apóstol, para verlo, no pudo ascender al tercer cielo, al cual, sin embargo, recordó haber sido arrebatado. De hecho, Nadie ha ascendido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre (Juan III, 13). Y para que no pienses que se dice del primero o del segundo, David te dice: Desde el extremo del cielo es su salida (Sal. XVIII, 7). A lo cual nuevamente no fue arrebatado de repente, ni subido furtivamente, sino, Viéndolo ellos, dice, es decir, los apóstoles, fue elevado (Hech. I, 9). No como Elías, que uno (IV Reg. II); no como Pablo, que ninguno (pues apenas pudo tenerse a sí mismo como testigo o árbitro, según él mismo testifica, No sé, Dios lo sabe [II Cor. XII, 2]): sino como el Omnipotente, que cuando quiso descendió, cuando quiso ascendió, esperando por su propio juicio a los árbitros y espectadores, el lugar y el tiempo, el día y la hora, viéndolo ellos, a quienes dignó con tan gran visión, fue elevado. Pablo fue arrebatado, Elías fue arrebatado, Enoc fue trasladado (Ecli. XLIV, 16): pero nuestro Redentor se lee que fue elevado, es decir, levantado por sí mismo, no ayudado por otro. De hecho, no fue llevado por un carro, ni asistido por un ángel, sino sostenido por su propia virtud, lo recibió una nube de sus ojos (Hech. I, 9). ¿Por qué esto? ¿Acaso ayudó al cansado? ¿O empujó al perezoso? ¿O sostuvo al que caía? De ninguna manera. Sino que lo recibió de los ojos carnales de los discípulos: quienes, aunque conocían a Cristo según la carne, ya no lo conocieran más. Por lo tanto, a los que el Hijo llama al primer cielo por la humildad, a estos el Espíritu los agrega en el segundo por la caridad, y al tercero el Padre los exalta por la

contemplación. Primero se humillan en la verdad, y dicen, En tu verdad me humillaste (Sal. CXVIII, 75). Segundo, se regocijan en la verdad, y cantan, ¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en unidad! (Sal. CXXXII, 1). De la caridad, en efecto, está escrito, Se regocija con la verdad (I Cor. XIII, 6). Tercero, son arrebatados a los secretos de la verdad, y dicen, Mi secreto para mí, mi secreto para mí (Isa. XXIV, 16).

CAPÍTULO IX. Gemidos y suspiros de San Bernardo, anhelando la Verdad.

24. Pero, ¿por qué yo, miserable, recorro los dos cielos superiores con más superfluidad de palabras que vivacidad del espíritu, cuando todavía trabajo reptando con manos y pies bajo el inferior? Para lo cual, sin embargo, ya, con su ayuda, quien también llama, me he erigido una escalera. Allí, en efecto, está el camino, por el cual me mostrará la salvación de Dios. Ya miro al Señor apoyado desde arriba, ya me regocijo ante la voz de la verdad. Me ha llamado, y yo le he respondido: Extenderás tu mano a la obra de tus manos (Job XIV, 15). Tú, Señor, cuentas mis pasos, pero yo, lento ascensor, cansado viajero, busco desvíos. ¡Ay de mí, si las tinieblas me alcanzan, o si mi huida se hace en invierno, o en sábado: mientras ahora, hacia la luz, cuando es el tiempo aceptable y el día de la salvación, me demoro en partir. ¿Por qué me detengo? Ora por mí, hijo, hermano, compañero, y participe de mi progreso, si lo hay, en el Señor. Ora al Omnipotente, para que así fortalezca mi pie perezoso, que sin embargo no venga a mí el pie de la soberbia. Porque aunque el pie perezoso no es idóneo para ascender al grado de la verdad: es más tolerable que aquel que no puede permanecer en ella, como tienes allí: Fueron expulsados, y no pudieron permanecer (Sal. XXXV, 12, 13).

25. Y esto, en efecto, sobre los soberbios. Pero, ¿qué sobre su cabeza? ¿Qué sobre aquel que se dice rey sobre todos los hijos de la soberbia? (Job XLI, 25). Y él, dice, no permaneció en la verdad (Juan VIII, 44): y en otro lugar, Vi a Satanás caer del cielo como un rayo (Luc. X, 18). ¿Por qué esto, sino por la soberbia? ¡Ay de mí, si también me ve, quien conoce de lejos las cosas altas, soberbio; y truena en mí aquella terrible voz: Tú eras hijo del Altísimo, pero como hombre morirás, y como uno de los príncipes caerás (Sal. LXXXI, 6, 7). ¿Quién no temerá ante la voz de este trueno? Oh, cuán más saludable fue que al toque del ángel el nervio del muslo de Jacob se marchitara (Gen. XXXII, 25), que el del ángel soberbio se hinchara, se desvaneciera, cayera. Ojalá también el ángel toque mi nervio para que se marchite, si tal vez de esta debilidad empiezo a progresar, quien de mi fortaleza no puedo sino decaer. De hecho, leo: Lo que es débil en Dios, es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25). Así también el Apóstol, quejándose de su nervio, que no el ángel del Señor, sino de Satanás lo abofeteaba, escuchó la respuesta: Mi gracia te basta; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. ¿Qué poder? Que el mismo Apóstol responda: Con gusto me gloriaré en mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo (II Cor. XII, 9). Pero tal vez aún no entiendes de qué específicamente dijo, porque Cristo tuvo todas las virtudes. Pero, aunque las tuvo todas, sobre todas, sin embargo, una, es decir, la humildad, nos recomendó en sí mismo, cuando dijo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29).

26. Por lo tanto, con gusto también yo, Señor Jesús, me gloriaré, si puedo, en mi debilidad, en la contracción de mi nervio, para que tu poder, es decir, la humildad, se perfeccione en mí. Porque me basta tu gracia, cuando mi fuerza falla. Fijando firmemente el pie de la gracia, y suavemente arrastrando el mío que es débil, ascenderé seguro por la escalera de la humildad: hasta que, adhiriéndome a la verdad, pase a la amplitud de la caridad. Entonces cantaré con acción de gracias, y diré: Has puesto mis pies en un lugar espacioso (Sal. XXX, 9). Así se avanza más cautelosamente por el camino estrecho, así se asciende más seguramente por la escalera ardua; así, de manera maravillosa, aunque más lentamente, se asciende a la verdad

más firmemente cojeando. Pero, ¡ay de mí! ¿por qué se ha prolongado mi estancia? (Sal. CXIX, 5). ¿Quién me dará alas como de paloma, para que vuele más rápidamente hacia la verdad, para que ya descanse en la caridad? (Sal. LIV, 7). Como estas faltan, guíame, Señor, en tu camino, y caminaré en tu verdad, y la verdad me liberará. ¡Ay de mí, que de ella descendí! Porque si antes hubiera descendido ligeramente, vanamente; al ascender no habría trabajado tanto, tan gravemente. Pero, ¿qué digo, Descendí? pues tal vez más correctamente debería decir Caí. A menos que, como nadie se hace supremo de repente, sino que cada uno asciende gradualmente; así nadie se hace pésimo de repente, sino que desciende poco a poco. De lo contrario, ¿cómo se mantendrá aquello: El impío se enorgullece todos los días de su vida? (Job XV, 20). De hecho, hay caminos que parecen buenos a los hombres, y sin embargo conducen al mal.

27. Hay, por tanto, un camino de descenso, así como de ascenso. Y hay un camino hacia el bien, y un camino hacia el mal. Evita el malo, elige el bueno. Si no puedes por ti mismo, ora con el profeta y di: Aparta de mí el camino de la iniquidad. ¿Cómo? Y de tu ley ten misericordia de mí; esa ley que diste a los que delinquen en el camino, es decir, a los que abandonan la verdad, de los cuales yo soy uno, que verdaderamente caí de la verdad. Pero, ¿acaso el que cae no añadirá que se levantará? Por esto elegí el camino de la verdad, por el cual ascenderé humillado, de donde descendí por soberbia. Ascenderé, digo, y cantaré: Bueno es para mí, Señor, que me hayas humillado; buena es para mí la ley de tu boca más que miles de oro y plata (Sal. CXVIII, 29, 30, 71, 72). David parece haberte propuesto dos caminos, pero debes saber que es uno; sin embargo, él mismo lo llama de manera diversa, y con diferentes nombres, ya sea de iniquidad para los que descienden, o de verdad para los que ascienden: porque los mismos grados son de los que ascienden al trono, y de los que descienden; y el mismo camino es de los que se acercan a la ciudad, y de los que se alejan; y una misma puerta es de los que entran en la casa, y de los que salen. Por una sola escalera aparecieron los ángeles ascendiendo y descendiendo a Jacob (Gén. XXVIII, 12). ¿A qué se refieren estas cosas? A que si deseas volver a la verdad, no es necesario buscar un camino nuevo que no conoces, sino el conocido por el que descendiste: de modo que siguiendo tus propios pasos con pasos recíprocos, asciendas humillado por los mismos grados por los que descendiste con soberbia: de modo que el que fue el duodécimo de la soberbia para el que desciende, sea el primero de la humildad para el que asciende; el undécimo, se encuentre como segundo; el décimo, tercero; el noveno, cuarto; el octavo, quinto; el séptimo, sexto; el sexto, séptimo; el quinto, octavo; el cuarto, noveno; el tercero, décimo; el segundo, undécimo; el primero, duodécimo. Con estos grados de soberbia encontrados en ti, o más bien reconocidos, ya no te esfuerzas en buscar el camino de la humildad.

SEGUNDA PARTE DEL TRATADO SOBRE LOS DOCE GRADOS DE LA SOBERBIA.

CAPÍTULO X. Del primer grado de la soberbia, que es la curiosidad.

28. El primer grado de la soberbia es, por tanto, la curiosidad. La descubrirás por tales indicios. Si ves a un monje, de quien antes confiabas bien, dondequiera que esté, camine o se siente, comenzando a vagar con los ojos, con la cabeza erguida, llevando las orejas levantadas; por los movimientos del hombre exterior reconocerás al interior cambiado. Porque el hombre perverso guiña con el ojo, golpea con el pie, habla con el dedo (Prov. VI, 12, 13); y por el insolente movimiento del cuerpo, se descubre la reciente enfermedad del alma: la cual, mientras se adormece por la negligencia de su propia vigilancia, se hace curiosa de los demás. Porque al ignorarse a sí misma, es enviada afuera, para que apaciente a los cabritos (Cánt. I, 7). A los cabritos, que significan el pecado, correctamente llamaría ojos y

oídos: porque así como la muerte entró en el mundo por el pecado, así por estas ventanas entra en la mente. En ocuparse en apacentar estos se ocupa el curioso, mientras no se preocupa por saber cómo se ha dejado a sí mismo por dentro. Y verdaderamente, si te observas atentamente, hombre, es asombroso si alguna vez te ocupas en otra cosa. Escucha, curioso, a Salomón; escucha, necio, al Sabio. Con toda custodia, dice, guarda tu corazón (Prov. IV, 23): para que todos tus sentidos vigilen para guardar aquello de donde procede la vida. ¿A dónde te alejas de ti, oh curioso? ¿A quién te encomiendas mientras tanto? ¿Por qué te atreves a levantar los ojos al cielo, tú que pecaste contra el cielo? Mira la tierra, para que te reconozcas a ti mismo. Ella te representará a ti mismo, porque eres tierra, y a la tierra volverás.

29. Sin embargo, por dos razones levantas los ojos sin culpa, ya sea para pedir ayuda o para ofrecerla. David levantó los ojos a los montes, para pedir (Sal. CXX, 1): y el Señor los levantó sobre las multitudes, para ofrecer (Juan VI, 5). Uno miserablemente, otro misericordiosamente, ambos sin culpa. Tú también, si considerando el lugar, el tiempo y la causa, levantas los ojos por tu necesidad o la de un hermano; no solo no lo culpo, sino que lo alabo mucho. Esto lo excusa la miseria, aquello lo recomienda la misericordia. De lo contrario, no te llamaría imitador del Profeta, ni del Señor, sino de Dina o Eva, o incluso del mismo Satanás. Porque Dina, al salir a apacentar a los cabritos, su virginidad es arrebatada a su padre y a ella misma (Gén. XXXIV, 1, 2). Oh Dina, ¿qué necesidad hay de que veas a las mujeres extranjeras? ¿Con qué necesidad? ¿Con qué utilidad? ¿Acaso solo por curiosidad? Aunque tú ves ociosamente, no eres vista ociosamente. Tú miras con curiosidad, pero eres observada con más curiosidad. ¿Quién creería entonces que esa tu curiosa ociosidad, ociosa curiosidad, sería después no tan ociosa, sino tan perniciosa para ti, para los tuyos y para tus enemigos?

30. Tú también, oh Eva, estás puesta en el paraíso, para que con tu marido lo trabajes y lo guardes: si cumples lo encomendado, algún día pasarás a algo mejor, donde no será necesario que te ocupes en alguna obra, ni te preocupes por la custodia. Se te concede todo árbol del paraíso para comer, excepto aquel que se llama del conocimiento del bien y del mal (Gén. II, 15-17). Si los demás son buenos, y saben a bien, ¿qué necesidad hay de comer del árbol que también sabe a mal? No pienses más de lo que conviene pensar (Rom. XII, 3). Porque saber el mal, no es saber, sino desvariar. Guarda lo encomendado, espera lo prometido; evita lo prohibido, para que no pierdas lo concedido. ¿Por qué miras tan intensamente tu muerte? ¿Por qué lanzas tan frecuentemente tus ojos vagabundos hacia allí? ¿Por qué deseas ver lo que no se te permite comer? Dices que tiendes los ojos, no la mano. No se ha prohibido que vea, sino que coma. ¿Acaso no es lícito levantar los ojos a donde quiero, cuando Dios los ha puesto bajo mi potestad? A lo que el Apóstol responde: Todo me es lícito, pero no todo conviene (I Cor. VI, 12). Aunque no es culpa, es indicio de culpa. Porque si la mente se cuidara menos curiosamente, tu curiosidad no tendría tiempo vacío. Aunque no es culpa, es ocasión de culpa, e indicio de la cometida, y causa de la que se va a cometer. Porque mientras estás atenta a otra cosa, la serpiente se desliza secretamente en tu corazón, te habla suavemente. Con halagos refrena la razón, con mentiras el temor. No morirás, dice (Gén. III, 4). Aumenta la preocupación, mientras incita la gula: agudiza la curiosidad, mientras sugiere la codicia. Finalmente ofrece lo prohibido, y quita lo concedido: extiende la manzana, y arrebatada el paraíso. Bebes el veneno que te hará perecer, y darás a luz a los que perecerán. Perece la salvación, pero no cesa el parto. Nacemos, morimos: por eso nacemos para morir, porque primero morimos para nacer. Por eso un yugo pesado sobre todos tus hijos hasta el día de hoy.

31. Pero tú también, sello de semejanza, no en el paraíso, sino en las delicias del paraíso de Dios fuiste puesto (Ezeq. XXVIII, 12, 13). ¿Qué más debes buscar? Lleno de sabiduría, y perfecto en belleza, no busques cosas más altas que tú, ni investigues cosas más fuertes que tú. Permanece en ti, para que no caigas de ti, si caminas en cosas grandes y maravillosas sobre ti. Pero, ¿por qué mientras tanto miras de reojo hacia el norte? Ya te veo, ya te percibo investigando curiosamente no sé qué cosas altas sobre ti. Pondré, dice, mi trono en el norte (Isa. XIV, 13). Mientras los demás celícolas están de pie, tú solo deseas sentarte, atacas la concordia de los hermanos, la paz de toda la patria celestial, la misma, en cuanto depende de ti, tranquilidad de la Trinidad. ¿A dónde te lleva, miserable, tu curiosidad, que con presunción singular no dudas en causar escándalo a los ciudadanos, injuria al Rey? Miles de millares le sirven, y decenas de miles de millares están a su lado (Dan. VII, 10), donde nadie se dice que se siente, sino solo aquel que se sienta sobre los Querubines, a quien los demás sirven: ¿y tú, al investigar más curiosamente que los demás, al inquirir más curiosamente, al invadir más irreverentemente, te colocas un trono en el cielo, para ser semejante al Altísimo? ¿Con qué fin? ¿Con qué confianza? Mide, insensato, tus fuerzas, piensa en el fin, medita el modo. ¿Presumes esto con el Altísimo sabiendo, o sin saber? ¿Queriendo, o no queriendo? Pero, ¿cómo puede el mal que maquinas, ser querido o ignorado por aquel cuya voluntad es óptima, cuya ciencia es perfecta? ¿Acaso no dudas que él sepa y no quiera, pero piensas que no puede resistir? Pero si no dudas que él te creó, no creo que dudes de la omnipotencia, ni de la ciencia y bondad absolutas del Creador, que pudo crearte de la nada, te conoció tal, quiso crearte tanto. ¿Cómo, entonces, piensas que Dios consiente lo que no quiere que suceda, y puede refutar? ¿O acaso veo en ti cumplirse, o más bien iniciado por ti, lo que después de ti, y por ti, por tus semejantes en la tierra se suele decir vulgarmente: El señor privado nutre a los temerarios [al. añade: satélites]? ¿Es malo tu ojo porque él es bueno? De cuya bondad, mientras tomas una confianza nefasta, te has hecho impudente contra su ciencia, y audaz contra su poder.

32. Esto es, oh impío, esto es lo que piensas; esta es la iniquidad que meditas en tu lecho, y dices: ¿Acaso el Creador destruirá su obra? Sé que ninguna de mis pensamientos le es oculta a Dios: porque es Dios. Ni le agrada tal pensamiento mío, porque es bueno. Pero tampoco si quisiera, escaparía de su mano, porque es poderoso. ¿No obstante, debo temer? Porque si siendo bueno, no puede agradarle mi mal, ¿cuánto menos el suyo? Porque mío diría que es querer algo contra su voluntad: suyo, si se vengara. Así, pues, no puede querer vengarse de cualquier mal, como tampoco puede, ni quiere, ni puede privarse de su bondad. Te engañas, miserable, te engañas, no a Dios. Te engañas a ti mismo, y la iniquidad miente a sí misma, no a Dios. Actúas con engaño, pero en su presencia. Te engañas a ti mismo, no a Dios. Y porque de su gran bondad en ti, tú concibes un gran mal contra él, merecidamente tu iniquidad se encuentra para odio. ¿Qué mayor iniquidad hay que despreciar al Creador por aquello por lo que más merecía ser amado? ¿Qué mayor iniquidad hay que, aunque no dudes de la potencia de Dios, que puede destruirte quien pudo crearte; confiado, sin embargo, en su gran dulzura, que esperas que no quiera vengarse cuando puede; devuelvas mal por bien, odio por amor?

33. Esta, digo, iniquidad, no es ira momentánea, sino digna de odio eterno, por la cual deseas y esperas igualarte a tu dulcísimo y altísimo Señor, aunque no quiera, para que siempre vea lo que le duele, mientras te tenga como compañero cuando no quiere, ni te derribe cuando puede; más bien elija él dolerse, que permitirte perecer; puede ciertamente derribarte si quiere, pero por dulzura, como piensas, no puede querer. Ciertamente, si es tal como piensas, tanto más neciamente actúas, si no amas. Y si él sufre que algo se haga contra él más bien, que él haga algo contra ti; ¿cuánta malicia hay en que ni siquiera tú le perdones a él, que no se perdona a sí mismo, perdonándote a ti? Sin embargo, esté lejos de su perfección, que

porque es dulce, no sea justo, como si no pudiera ser dulce y justo a la vez: cuando es mejor la dulzura justa, que la remisa; más bien no es virtud la dulzura sin justicia. Porque, por tanto, a la bondad gratuita de Dios, por la cual fuiste hecho gratuitamente, te muestras ingrato, y no temes la justicia que no has experimentado; y por eso cometes audazmente la culpa, de la cual falsamente te prometes impunidad: ya ves aquí al justo que conocerás como bueno, cayendo en la fosa que preparas al autor: para que, mientras maquinas tal castigo contra él, del cual puede carecer si quiere, pero como piensas no puede querer; y por eso no puede carecer de esa bondad, por la cual no has experimentado que él haya castigado a nadie: tal castigo el justo Dios lo retuerza justamente en ti, que ni puede, ni debe permitir que su bondad sea ofendida impunemente: así temperando la sentencia en la venganza, que, si quieres arrepentirte, no niegue el perdón; pero según tu dureza y corazón impenitente, no puedas querer, y por eso no puedas carecer del castigo.

34. Pero ya escucha la calumnia: El cielo, dice, es mi trono, pero la tierra es el escabel de mis pies (Isa. LXVI, 1). No dijo, Oriente, ni Occidente, ni una sola parte del cielo: sino, Todo el cielo es mi trono. No puedes, por tanto, sentarte en parte del cielo, cuando él ha elegido todo para sí. En la tierra no puedes, porque es el escabel de sus pies. La tierra es, en efecto, un lugar sólido, donde se sienta la Iglesia, fundada sobre la firme roca. ¿Qué harás? Expulsado del cielo, no puedes permanecer en la tierra. Elige, por tanto, un lugar en el aire, no para sentarte, sino para volar: para que, habiendo intentado sacudir el estado de la eternidad, sientas el castigo de tu propia fluctuación. Así, mientras fluctúas entre el cielo y la tierra, el Señor se sienta sobre un trono alto y elevado, y toda la tierra está llena de su majestad (Isa. VI, 3), para que no encuentres lugar sino en el aire.

35. Porque los Serafines, con unas alas de su contemplación volando del trono al escabel, del escabel al trono, con otras cubriendo la cabeza y los pies del Señor, creo que están allí puestos para que, así como al hombre pecador se le prohíbe la entrada al paraíso por el Querubín, así también a tu curiosidad se le imponga un límite: para que no investigues más impudicamente que prudentemente los secretos del cielo, ni conozcas los misterios de la Iglesia en la tierra; sino que te contentes con los corazones de los soberbios, que ni en la tierra se dignan estar como los demás hombres, ni como los ángeles vuelan al cielo. Aunque la cabeza en el cielo y los pies en la tierra te sean ocultados; sin embargo, se te permite ver algo en el medio solo para envidiar: mientras suspendido en el aire, ves a los ángeles descendiendo por ti, y ascendiendo; pero no sabes en absoluto qué oyen en los cielos, o qué anuncian en la tierra.

36. Oh Lucifer, que en la mañana te levantabas, o más bien ya no lucifer, sino noctifer, o incluso mortifer, tu curso recto era del oriente al mediodía, y tú en orden inverso te diriges al norte? Cuanto más te apresuras hacia lo alto, más rápidamente te inclinas hacia el ocaso. Sin embargo, quisiera investigar más curiosamente, oh curioso, la intención de tu curiosidad. Pondré, dice, mi trono en el norte (Isa. XIV, 13). Ni este norte corporal, ni este trono (siendo espíritu) entiendo como material. Pero creo que por el norte, se designaron a los hombres reprobables; por el trono, el poder sobre ellos. A quienes, en la presciencia de Dios, cuanto más cercano a él, más perspicaz que los demás previendo, sin ningún rayo de sabiduría resplandeciente, sin ningún amor del espíritu ardiente, como un lugar vacío en contraste, deseaste dominio sobre ellos, a quienes con cierta claridad de tu astucia los iluminarías, con los ardores de tu malicia los inflamarías: para que así como el Altísimo con su sabiduría y bondad presidía sobre todos los hijos de la obediencia, así también tú, constituido rey sobre todos los hijos de la soberbia, los gobernaras con tu astuta malicia, y maliciosa astucia: por lo cual serías semejante al Altísimo. Pero me sorprende que, habiendo previsto tu principado en presencia de Dios, no hayas previsto también la caída. Porque si la previste, ¿qué locura fue,

que con tanta miseria desearas gobernar, que prefirieras presidir miserablemente, que estar felizmente subordinado? ¿No era mejor ser partícipe de aquellas plagas luminosas, que príncipe de estas tinieblas? Pero es más creíble que no lo previste: o por aquella causa que mencioné antes, porque atendiendo a la bondad de Dios, dijiste en tu corazón. No lo requerirá (Sal. X, 13), por lo cual, oh impío, irritaste a Dios; o porque al ver el principado, inmediatamente en el ojo de la soberbia creció una viga, que interpuesta no pudiste ver la caída.

37. Así José, habiendo previsto su exaltación (Gén. XXXVII, 7-9), no obstante, no previó su venta, aunque la venta estaba más cerca que la exaltación. No porque crea que tan gran patriarca cayó en la soberbia: sino para que con su ejemplo quede claro, que aquellos que prevén el futuro por el espíritu de profecía, aunque no todo, no por eso deben ser considerados como si no previeran nada. Que si alguien sostiene que en el hecho de que narraba sus sueños siendo aún joven, cuyo misterio entonces ignoraba, se puede notar vanidad; yo, sin embargo, creo que debe atribuirse más al misterio o a la simplicidad del joven, que a la vanidad. Que, sin embargo, si hubo alguna, por lo que se lee que sufrió, pudo expiarse. A algunos, a veces, se les muestran cosas agradables sobre sí mismos por revelación, que aunque el alma humana no puede saber sin ninguna vanidad, no por eso dejará de suceder lo que se mostró; sin embargo, de modo que esa vanidad no quede impune, por la cual se exultó, aunque sea levemente, por la magnitud de la revelación o promesa. Porque así como el médico no solo usa ungüento, sino fuego y hierro, para cortar y quemar todo lo que en la herida sanando ha crecido en exceso, para que no impida la salud que procede del ungüento: así el médico de las almas Dios procura tentaciones a tal alma, envía tribulaciones, con las cuales afligida y humillada, convierta el gozo en luto, considere la revelación como ilusión. De modo que carezca de vanidad, y no perezca la verdad de la revelación. Así la altivez de Pablo es reprimida por los agujones de la carne (II Cor. XII, 7), y él mismo es elevado por frecuentes revelaciones. Así la infidelidad de Zacarías es castigada con la mudez de la lengua (Luc. I, 20), y la verdad del ángel no se cambia, sino que se manifestará a su tiempo. Así los santos progresan por la gloria y la ignominia, mientras entre los dones singulares que reciben, sienten que son golpeados por la vanidad común de los hombres: para que, mientras por la gracia ven algo por encima de sí mismos, no olviden lo que son.

38. Pero, ¿qué decir de las revelaciones por curiosidad? La ocasión para mezclar esto en exceso surgió cuando quise mostrar que el ángel reprobado, antes de su caída, pudo prever el dominio que recibiría sobre los hombres reprobados, pero no su propia condenación. De esto, aunque se plantearon algunas cuestiones más que se resolvieron, la suma de toda la pequeña disputa es esta: que por curiosidad cayó de la verdad, porque primero miró con curiosidad lo que deseó ilícitamente, y esperó presuntuosamente. Por tanto, con razón, en los grados de la soberbia, la curiosidad reclama para sí el primer lugar, que también se ha encontrado que es el principio de todo pecado. Pero si esto no se contiene rápidamente, pronto se desliza hacia la ligereza del alma, que es el segundo grado.

CAPÍTULO XI. Del segundo grado de la soberbia, que es la ligereza del alma.

39. El monje que, negligente de sí mismo, observa curiosamente a los demás, mientras mira con admiración a algunos superiores y con desprecio a otros inferiores: en unos ve lo que envidia, en otros lo que ridiculiza. De ahí que, por la movilidad de los ojos, el alma se aligera, no cargada por ningún cuidado de sí misma, y a veces se eleva por la soberbia a las alturas, y a veces se hunde por la envidia en lo más bajo: ahora se consume maliciosamente por la

envidia, ahora se alegra puerilmente por la excelencia. En un caso es malvado, en otro vano, en ambos es soberbio: porque tanto el dolor de ser superado como la alegría de superar provienen del amor a su propia excelencia. Estas vicisitudes del alma, a veces pocas y mordaces, a veces muchas y vanas; a veces llenas de risa, a veces de llanto, siempre indican palabras irracionales. Compara, si quieres, estos dos primeros grados de la soberbia con los dos últimos de la humildad: y verás si no en el último se contiene la curiosidad, en el penúltimo la ligereza. Lo mismo encontrarás en los demás si se comparan entre sí. Pero ya pasemos al tercero enseñando, no descendiendo.

CAPÍTULO XII. Del tercer grado de la soberbia, que es la alegría inapropiada.

40. Es propio de los soberbios buscar siempre lo alegre y evitar lo triste, según aquello: El corazón de los necios está donde hay alegría (Eccl. VII, 5). Por eso, el monje que ya ha descendido dos grados de soberbia, al pasar de la curiosidad a la ligereza del alma, cuando ve que la alegría que siempre busca se intercala frecuentemente con la tristeza, que contrae por los bienes ajenos, impaciente de su propia humillación, huye al consejo de la falsa consolación. Desde el punto en que se le muestra su propia vileza y la excelencia ajena, restringe la curiosidad para trasladarse completamente al lado contrario: de modo que note curiosamente en qué sobresale él mismo; en qué sobresale el otro, siempre lo disimule: para que, al evitar lo que se considera triste, la alegría se continúe. Así sucede que, a quien se disputaban alternativamente la alegría y la tristeza, comienza a poseerlo solo la alegría inapropiada. En este grado tercero que te he constituido, toma los signos por los cuales puedes descubrirla en ti o en otro. A quien es de este tipo, o nunca, o rara vez lo oírás gemir, o lo verás llorar. Si lo observas, podrías pensar que está olvidado de sí mismo o lavado de culpas. En los signos aparece la bufonería, en el rostro la alegría, la vanidad en el andar. Propenso al juego, fácil y rápido en la risa. Pues habiendo borrado de la memoria todo lo que sabía que era despreciable en él, y por tanto triste; y habiendo reunido o simulado ante los ojos de la mente los bienes que siente en sí, mientras no piensa en nada más que en lo que le agrada, ni atiende si es lícito; ya no puede contener la risa, ya no puede disimular la alegría inapropiada. Pues como un odre hinchado de viento, perforado por un pequeño agujero, si se aprieta, cruje mientras se desinfla; y el viento que sale no se derrama al azar, sino que se emite en ráfagas, produciendo ciertos sonidos: así el monje, cuando ha llenado su corazón de pensamientos vanos y bufonescos, al no encontrar por la disciplina del silencio por dónde salir más plenamente el viento de la vanidad, se expulsa entre risas por las estrecheces de la garganta. A menudo esconde su rostro avergonzado, cierra los labios, aprieta los dientes; ríe sin querer, se carcajea a su pesar. Y cuando ha obstruido su boca con sus puños, aún se le oye estornudar por la nariz.

CAPÍTULO XIII. Del cuarto grado de la soberbia, que es la jactancia.

41. Pero cuando la vanidad comienza a crecer, y el odre a engrosarse, es necesario que la ventosidad se eructe por un orificio más amplio, con el seno relajado, de lo contrario se romperá. Así el monje, con la alegría inapropiada desbordante, al no poder abrirla con la risa o los signos, irrumpe en palabras como Elíhu: Mi vientre es como vino sin respiradero, que rompe los odres nuevos (Job XXXII, 19). O hablará, o se romperá. Está lleno de palabras, y el espíritu de su vientre lo constriñe. Tiene hambre y sed de oyentes, a quienes jactarse de sus vanidades, a quienes derramar todo lo que siente: a quienes dar a conocer cuán grande y cuán importante es. Encontrada la ocasión de hablar, si surge el tema de las letras, se traen a colación las antiguas y las nuevas; vuelan las sentencias, resuenan las palabras ampulosas. Se adelanta al que pregunta, responde al que no pregunta. Él mismo pregunta, él mismo responde, y corta las palabras del interlocutor incompletas. Pero cuando, al sonar la campana,

es necesario interrumpir la conversación, se queja de que la hora larga es un breve intervalo; pide permiso para volver a las charlas después de la hora, no para edificar a alguien, sino para jactarse de su conocimiento. Puede edificar, pero no pretende edificar. No le importa enseñarte, ni aprender de ti lo que no sabe; sino que se sepa que sabe lo que sabe. Pero si se trata de religión, inmediatamente se traen a colación visiones y sueños. Finalmente, alaba los ayunos, recomienda las vigiliass, exalta sobre todo las oraciones; habla extensamente, pero vanamente, sobre la paciencia, la humildad y cada una de las virtudes: para que tú, si lo escuchas, digas que de la abundancia del corazón habla la boca, y que el hombre bueno saca cosas buenas de su buen tesoro (Luc. VI, 43). Si la conversación se convierte en juegos, en estos se encuentra tanto más locuaz cuanto más acostumbrado. Dirías, si escuchas el arroyo de vanidad, que su boca es un río de bufonería, de modo que incluso los ánimos severos y graves incita a la ligereza de la risa. Y para resumirlo todo brevemente, en la locuacidad se nota la jactancia. En esto tienes el cuarto grado tanto descrito como nombrado. Huye de la cosa, y retén el nombre. Con esta misma cautela ya acércate al quinto, que llamo singularidad.

CAPÍTULO XIV. Del quinto grado de la soberbia, que se llama singularidad.

42. Es vergonzoso para quien se jacta de estar por encima de los demás, si no hace algo más que los demás, por lo cual aparezca más allá de los demás. Por tanto, no le basta con lo que la regla común del monasterio o los ejemplos de los mayores exhortan. Sin embargo, no se esfuerza por ser mejor, sino por parecerlo. No anhela vivir mejor, sino parecer vivir mejor, para poder decir: No soy como los demás hombres (Luc. XVIII, 11). Se halaga más a sí mismo por un solo ayuno que hace mientras los demás almuerzan, que si hubiera ayunado siete días con los demás. Le parece más valiosa una pequeña oración particular que toda la salmodia de una noche. Durante la comida suele lanzar miradas por las mesas, para que si ve a alguien comer menos, se sienta derrotado, y comience a privarse cruelmente de lo que había previsto necesario para su sustento, temiendo más la pérdida de gloria que el tormento del hambre. Si ve a alguien más delgado, a alguien más pálido, se considera vil, nunca descansa. Y como no puede ver su propio rostro, cómo se presenta a los que lo miran, observa las manos y los brazos que puede, palpa las costillas, toca los hombros y los lomos: para que, según juzgue sus miembros corporales más o menos delgados, discierna la palidez y el color de su rostro. En todo lo suyo es diligente, en lo común perezoso. Vigila en la cama, duerme en el coro: y mientras los demás cantan en las vigiliass, duerme toda la noche, después de las vigiliass, mientras los demás descansan en el claustro, él solo permanece en el oratorio: tose, carraspea, llena de gemidos y suspiros los oídos de los que están fuera en el rincón. Pero cuando, por las cosas que hace singularmente, aunque vanamente, crece su reputación entre los más simples, que ciertamente aprueban las obras que ven, pero no disciernen de dónde provienen; mientras bendicen al miserable, lo inducen al error (Isa. III, 12).

CAPÍTULO XV. Del sexto grado de la soberbia, que es la arrogancia.

43. Cree lo que oye, alaba lo que hace, y no atiende a lo que pretende. Olvida la intención mientras abraza la opinión. Y si de cualquier otra cosa se cree más que a los demás, de sí mismo se cree más a los demás que a sí mismo: de modo que ya no solo de palabra, o con la mera ostentación de obras, prefiere su religión, sino que con el afecto íntimo del corazón se cree más santo que todos: y cualquier cosa que reconozca alabada de sí mismo, no la atribuye arrogantemente a la ignorancia o benevolencia del que alaba, sino a sus propios méritos. Por eso, después de la singularidad, la arrogancia reclama con razón el sexto grado para sí. Después de esta se encuentra la presunción, en la que se constituye el séptimo grado.

CAPÍTULO XVI. Del séptimo grado de la soberbia, que es la presunción.

44. Pues quien cree que supera a los demás, ¿cómo no va a presumir más de sí mismo que de los demás? Se sienta primero en las reuniones, responde primero en los consejos: se acerca sin ser llamado, se entromete sin ser ordenado: reordena lo ordenado, rehace lo hecho. Cualquier cosa que él no haya hecho o ordenado, no la considera bien hecha ni bien ordenada. Juzga a los que juzgan, prejuzga a los que van a juzgar. Si, cuando llega el momento, no es promovido al Priorato; juzga a su abad como envidioso o engañado. Pero si se le encomienda alguna obediencia mediocre, se indigna, la desprecia, pensando que no debe ocuparse en cosas menores, quien se siente idóneo para mayores. Pero quien así, más temerariamente que libremente, se ha acostumbrado a entrometerse en todo, es imposible que no yerre alguna vez. Sin embargo, corresponde al superior reprender al que yerra. Pero, ¿cómo confesará su culpa quien ni cree que la tiene, ni soporta ser considerado culpable? Por eso, cuando se le imputa una culpa, crece, no se corta. Si, pues, cuando es reprendido, ves que su corazón se inclina hacia las palabras de malicia, sabrás que ha caído en el octavo grado, que se llama defensa de los pecados.

CAPÍTULO XVII. Del octavo grado de la soberbia, que es la defensa de los pecados.

45. Hay muchas maneras de hacer excusas en los pecados. O dice quien se excusa: No lo hice; o, Lo hice, pero lo hice bien; o, Si mal, no muy mal; o, Si muy mal, no con mala intención. Pero si, como Adán o Eva, se le convence de esa, intenta excusarse con la persuasión ajena. Pero quien defiende procazmente incluso lo evidente, ¿cuándo revelaría humildemente al abad los pensamientos ocultos y malos que llegan a su corazón?

CAPÍTULO XVIII. Del noveno grado de la soberbia, que es la confesión simulada.

46. Aunque estos géneros de excusas se juzgan malos en la medida en que se llaman palabras de malicia por el profeta (Sal. CXL, 4); sin embargo, es mucho más peligrosa la confesión falsa y soberbia que la defensa obstinada y procaz. Pues algunos, cuando se les reprende por cosas más evidentes, sabiendo que si se defendieran no se les creería, encuentran un argumento más sutil de defensa, respondiendo con palabras de confesión engañosa. Pues hay, como está escrito, quien se humilla maliciosamente, y su interior está lleno de engaño (Eclo. XIX, 23). El rostro se baja, el cuerpo se postra: se arrancan algunas lágrimas si pueden; interrumpen la voz con suspiros, las palabras con gemidos. Y no solo quien es de este tipo no excusa lo que se le imputa, sino que él mismo también exagera la culpa: para que, al oír algo imposible o increíble añadido a su culpa por su propia boca, incluso lo que creías cierto puedas dudarlo; y de lo que no dudas que es falso cuando lo confiesa, se ponga en duda lo que se tenía por cierto. Y mientras afirman lo que no quieren que se crea, defendiendo la culpa con la confesión, y cubriendo al descubrir; cuando la confesión suena laudablemente en la boca, y aún se oculta la iniquidad en el corazón: para que quien escucha piense que confiesa más por humildad que por verdad, aplicándoles aquello de la Escritura: El justo es acusador de sí mismo al principio de su discurso (Prov. XVIII, 17). Pues prefieren arriesgarse ante los hombres con la verdad que con la humildad, cuando ante Dios se arriesgan en ambos. O si la culpa es tan manifiesta que no puede cubrirse con ninguna astucia; sin embargo, asumen la voz, no el corazón del penitente, para borrar la mancha, no la culpa, mientras recompensan la ignorancia de la transgresión manifiesta con la decencia de la confesión pública.

47. ¡Gloriosa cosa es la humildad, con la que incluso la soberbia desea cubrirse para no volverse vil! Pero esta tergiversación pronto es descubierta por el superior, si no se inclina

ligeramente a esta humilde soberbia, para que más disimule la culpa o difiera la pena. El horno prueba los vasos del alfarero, y la tribulación distingue a los verdaderos penitentes. Pues quien verdaderamente se arrepiente, no rehúye el trabajo de la penitencia: sino que lo que se le impone por la culpa que odia, lo abraza pacientemente con la conciencia callada. En la misma obediencia, cuando surgen cosas duras y contrarias, soportando cualquier injuria infligida, no se cansa, para indicar que está en el cuarto grado de humildad. Pero quien tiene una confesión simulada, interrogado por una sola o leve injuria, o una pequeña pena, ya no puede simular humildad, ya no puede disimular la simulación. Murmura, rechina los dientes, se enoja; y se prueba que no está en el cuarto grado de humildad, sino que ha caído en el noveno grado de soberbia, que según se ha descrito, puede llamarse correctamente confesión simulada. ¿Cuánta confusión crees que hay entonces en el corazón del soberbio cuando se descubre el engaño, se pierde la paz, se disminuye la alabanza, y no se diluye la culpa? Finalmente, es notado por todos, juzgado por todos: y cuanto más ofende a todos, más piensa el superior que no debe perdonarle.

CAPÍTULO XIX. Del décimo grado de la soberbia, que es la rebelión.

48. Aquí, a menos que la misericordia divina lo mire (lo cual es muy difícil para tales), si no se somete en silencio a los juicios de todos; hecho pronto descarado e impúdico, tanto peor cuanto más desesperado, cae en el décimo grado por la rebelión: pues antes, latentemente arrogante, había despreciado a los hermanos, ahora, abiertamente desobediente, también desprecia al maestro.

49. Sin embargo, debe saberse que todos los grados que he dividido en doce, pueden reunirse en solo tres: de modo que en los seis superiores se consuma el desprecio de los hermanos, en los cuatro siguientes el desprecio del maestro, y en los dos que quedan, el desprecio de Dios. También debe notarse que estos dos últimos grados de la soberbia, que se encuentran ascendiendo primero en la humildad; así como deben ascenderse fuera de la congregación, no pueden descenderse en la congregación. Pero que deben ascenderse primero, se da a entender claramente por lo que se lee del tercer grado en la Regla: "El tercer grado," dice, "es que uno se someta en toda obediencia al mayor por amor de Dios." (Regla 7, 31). Si, pues, en el tercer grado se coloca la sujeción, que sin duda se hace cuando el novicio se asocia por primera vez al convento; es consecuente que ya se entiendan trascendidos los dos anteriores. Finalmente, donde el monje desprecia la concordia de los hermanos y la sentencia del maestro, ¿qué más hace en el monasterio sino escándalo?

CAPÍTULO XX. Del undécimo grado de la soberbia, que es la libertad de pecar.

50. Después del décimo grado, que se ha llamado rebelión, expulsado o salido del monasterio, inmediatamente es recibido por el undécimo. Y entonces entra en caminos que parecen buenos a los hombres, cuyo fin (a menos que Dios se los cierre) lo sumergirá en el profundo del infierno, es decir, en el desprecio de Dios. Pues el impío, cuando llega al fondo de los males, desprecia (Prov. XVIII, 3). Sin embargo, el undécimo grado puede llamarse libertad de pecar, por la cual el monje, cuando ya no ve al maestro a quien temer, ni a los hermanos a quienes respetar, tanto más seguro cuanto más libremente se deleita en cumplir sus deseos, de los cuales en el monasterio era prohibido tanto por pudor como por temor. Pero aunque ya no teme a los hermanos ni al abad, aún no carece completamente del temor de Dios. Esta razón, aún murmurando tenuemente, se propone a la voluntad, y no sin alguna duda primero realiza lo ilícito; pero, como quien prueba el vado, entra poco a poco, no corriendo, en el abismo de los vicios.

CAPÍTULO XXI. Del duodécimo grado de la soberbia, que es la costumbre de pecar.

51. Pero después de que, por el terrible juicio de Dios, los primeros crímenes siguen impunes, la experimentada voluptuosidad se repite con gusto, repetida halaga. La concupiscencia reviviendo adormece la razón, la costumbre ata. El miserable es arrastrado al fondo de los males, entregado cautivo a la tiranía de los vicios, de modo que, absorbido por el abismo de los deseos carnales, olvidado de su razón y del temor divino, dice el insensato en su corazón: No hay Dios (Sal. XIII, 1). Ya indiferentemente usa lo ilícito como lícito, ya no se prohíbe al alma, a las manos o a los pies pensar, realizar, investigar lo ilícito: sino que cualquier cosa que venga al corazón, a la boca, a la mano, maquina, parlotea y obra, malicioso, vanidoso, criminal. Así como, finalmente, habiendo ascendido todos estos grados, el justo, ya con el corazón alegre y sin esfuerzo, corre por la buena costumbre hacia la vida: así el impío, habiéndolos descendido, no gobernándose por la razón, no reteniéndose por el freno del temor, intrépido se apresura hacia la muerte. Los que están en medio se fatigan, se angustian: que ahora se atormentan por el miedo al infierno, ahora, retardados por la costumbre pasada, laboran descendiendo o ascendiendo. Solo el supremo y el ínfimo corren sin impedimento, y sin esfuerzo. Este hacia la muerte, aquel hacia la vida se apresura; uno más alegre, otro más inclinado. A aquel lo hace alegre la caridad, a este inclinado la codicia. En uno el amor, en otro el estupor no siente el trabajo. En aquel, finalmente, la caridad perfecta, en este la iniquidad consumada echa fuera el temor. A aquel la verdad, a este la ceguera le da seguridad. Por tanto, el duodécimo grado puede llamarse costumbre de pecar, por la cual se pierde el temor de Dios, se incurre en el desprecio.

CAPÍTULO XXII. Si y cómo se debe orar por los desesperados y los muertos según el alma.

52. Por tal motivo, dice el apóstol Juan, no digo que alguien ore por él (1 Juan V, 16). Pero, ¿acaso dices, oh Apóstol, que alguien debe desesperar? Más bien, que gima quien lo ama. No presume orar, ni deje de llorar. ¿Qué es lo que digo? ¿Acaso queda algún refugio de esperanza, donde la oración no encuentra lugar? Escucha al creyente, escucha al que espera, aunque no ore. Señor, dice, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Gran fe, con la cual creyó que tu presencia, Señor, habría podido impedir la muerte si hubieras estado presente. Pero ahora, ¿qué? Lejos esté que quien creyó que vivo pudo salvar, dude que muerto pueda resucitar. Pero ahora, dice, sé que cualquier cosa que pidas a Dios, Dios te la dará. Luego, al preguntarle dónde lo habían puesto, responde: Ven y ve. ¿Por qué? Oh Marta, nos das grandes señales de tu fe: pero, ¿cómo con tanta fe desconfías? Ven, dices, y ve. ¿Por qué, si no desesperas, no sigues y dices, Y resucítalo? Si, sin embargo, desesperas, ¿por qué fatigas al Maestro sin razón? ¿Acaso la fe a veces recibe lo que la oración no presume? Finalmente, al acercarse al cadáver, lo prohíbes y dices: Señor, ya hiede; pues es de cuatro días (Juan XI, 21, 22, 34, 39). ¿Dices esto desesperando o disimulando? Así también el mismo Señor, después de la resurrección, fingió ir más lejos (Lucas XXIV, 28), cuando prefería quedarse con los discípulos. Oh santas mujeres familiares de Cristo, si aman a su hermano, ¿por qué no imploran su misericordia, de cuya potencia no pueden dudar, ni de su piedad desconfiar? Responden: Así mejor, como no orando, oramos; así más eficazmente, como desconfiando, confiamos. Exhibimos fe, mostramos afecto: él sabe, a quien no es necesario que se le diga algo, lo que deseamos. Sabemos ciertamente que todo lo puede: pero este milagro tan grande, tan nuevo, tan inaudito, aunque está bajo su poder, sin embargo, excede mucho todos los méritos de nuestra humildad. Nos basta haber dado lugar a su poder, ocasión a su piedad; prefiriendo esperar pacientemente lo que quiera, a pedir impudicamente lo que tal vez no quiera. Finalmente, lo que falta a nuestros méritos, tal vez lo supla la

vergüenza. También veo la lágrima de Pedro después de su grave caída, pero no escucho su oración: sin embargo, no dudo de su indulgencia.

53. Aprende también en la Madre del Señor a tener gran fe en los milagros, a retener la vergüenza en gran fe. Aprende a adornar la fe con vergüenza, a reprimir la presunción. No tienen vino, dice (Juan II, 3). ¡Qué brevemente, qué reverentemente sugirió aquello por lo que piadosamente estaba preocupada! Y para que aprendas en tales cosas a gemir más piadosamente que a pedir presuntuosamente; templando el ardor de la piedad con la sombra del pudor, suprimió con vergüenza la confianza de la súplica concebida. No se acercó con descaro, no habló abiertamente, para decir audazmente ante todos: Te ruego, hijo, falta el vino, los invitados están tristes, el novio está confundido; muestra lo que puedes. Pero aunque estas o muchas más cosas dijera su pecho ardiente, su afecto ferviente; sin embargo, privadamente la madre piadosa se acercó al poderoso Hijo, no tentando su poder, sino explorando su voluntad. No tienen vino, dice. ¿Qué más modesto? ¿Qué más fiel? No faltó fe a la piedad, gravedad a la voz, eficacia al deseo. Si entonces ella, siendo madre, olvidándose de ser madre, no se atreve a pedir el milagro del vino; yo, vil siervo, para quien es grandísimo ser siervo tanto del Hijo como de la Madre, ¿con qué cara presumo pedir por la vida de un muerto de cuatro días?

54. También en el Evangelio se leen dos ciegos que recibieron la vista, uno que la había perdido, otro que nunca la había tenido; uno, a saber, cegado, otro ciego de nacimiento. Pero el que fue cegado, con clamores miserables y maravillosos, mereció una misericordia maravillosa: el que fue ciego de nacimiento, tanto más misericordiosamente, cuanto más maravillosamente, sin ninguna de sus súplicas, sintió el beneficio de su iluminador. A aquel, en efecto, se le dijo, Tu fe te ha salvado: a este, no (Lucas XVIII, 35-43; Juan IX). También leo que fueron resucitados dos muertos recientes, un tercero ya de cuatro días: pero solo a la hija del jefe de la sinagoga, aún en casa, por las súplicas del padre; los otros dos, por la inesperada magnitud de la piedad (Marcos V, 35-42; Lucas VII, 11-15; Juan XI).

55. De manera similar, si sucediera (que Dios lo evite) que alguno de nuestros hermanos muera, no en el cuerpo, sino en el alma; mientras aún esté entre nosotros, golpearé también yo, pecador cualquiera que sea, golpearé también con las súplicas de los hermanos al Salvador. Si revive, habremos ganado un hermano: pero si no merecemos ser escuchados, cuando ya no pueda ser tolerado por los vivos, ni tolerar a los vivos, sino que comience a ser llevado, siempre ciertamente gimo fielmente, pero ya no oro con tanta confianza. No me atrevo a decir abiertamente, Ven, Señor, resucita a nuestro muerto: sin embargo, con el corazón suspendido, no ceso de clamar tembloroso por dentro, Si acaso, si acaso, si acaso el Señor escuchará el deseo de los pobres, su oído escuchará la preparación de sus corazones; y aquello, ¿Harás maravillas para los muertos, o los médicos resucitarán y te confesarán? y sobre el de cuatro días: ¿Contará alguien en el sepulcro tu misericordia, y tu verdad en la perdición? (Salmo LXXXVII, 11, 12). Mientras tanto, el Salvador puede, si quiere, inesperada e improvisadamente encontrarse con nosotros, y movido por las lágrimas de los que lo llevan, no por las súplicas, devolver la vida del muerto a los vivos, o ciertamente ya sepultado, llamarlo de entre los muertos. Llamaría muerto a aquel que, defendiendo sus pecados, ya ha caído en el octavo grado. Porque del muerto, como de quien no es, parece la confesión (Eclesiástico XVII, 26). Pero después del décimo, que es el tercero desde el octavo, ya es llevado a la libertad de pecar, cuando es expulsado de la comunidad del monasterio. Pero después de haber pasado el cuarto, ya correctamente se le llama de cuatro días, mientras cayendo en el quinto, por la costumbre es sepultado.

56. Sin embargo, lejos esté de nosotros que incluso por tales, aunque no presumamos abiertamente, cesemos de orar en nuestros corazones: ya que Pablo también lloraba por aquellos que sabía muertos sin penitencia (2 Corintios XII, 21). Pues aunque ellos mismos se excluyen de las oraciones comunes, de los afectos no pueden en absoluto. Sin embargo, vean en qué gran peligro están, por quienes la Iglesia no se atreve a orar abiertamente, que ora confiadamente incluso por los judíos, por los herejes, por los gentiles. Pues cuando en la Parasceve se ora nominalmente por cualquier mal, sin embargo, no se hace mención de los excomulgados.

57. Dices tal vez, hermano Godefrido, que he presentado algo diferente de lo que buscaste, y de lo que yo mismo prometí, ya que en lugar de los grados de humildad, parece que he descrito los grados de soberbia. A lo cual yo: No pude enseñar sino lo que aprendí. No consideré adecuado describir ascensiones, quien más conoce descender que ascender. Que el bienaventurado Benito te proponga los grados de humildad, que él mismo primero dispuso en su corazón: yo no tengo qué proponer, sino el orden de mi descenso. En el cual, sin embargo, si se observa diligentemente, tal vez se encuentre el camino de la ascensión. Pues si a ti, que te diriges a Roma, un hombre que viene de allí te encontrara, preguntado por el camino, ¿qué mejor que mostrarte aquel por el que vino? Mientras nombra los castillos, villas, ciudades, ríos y montañas por los que pasó, anunciando su camino, te anuncia el tuyo: de modo que reconozcas los mismos lugares al ir, que él atravesó al venir. De manera similar, en este nuestro descenso, tal vez encuentres grados de ascensión, que al ascender leerás mejor en tu corazón que en nuestro código. Amén.